

2

OBDULIO

«*Vamo' Vamo'*, arriba la Celeste / *Vamo'*, desde el Cerro a Bella Unión / *Vamo'*, como dice el Negro Jefe / Los de afuera son de palo, que comience la función.»

JAIME ROOS

El «Negro Jefe» tenía pinta de boxeador de los años 20, con el ceño fruncido, los ojos pequeños y la mandíbula cuadrada. Era feo, casi monstruoso, aunque tenía una sonrisa que mostraba unos dientes mal puestos y que conferían cierto aire de bondad al rostro de la fiera.

El Negro Jefe fue un héroe, una leyenda, un mito. Uruguay creó su relato de la nada y otorgó a sus futbolistas la condición de héroes. Si los griegos tenían un héroe trágico en el troyano Héctor, los uruguayos lloraron la muerte de Abdón Porte. Si los griegos aún narran las gestas de Ulises, los uruguayos elevan al cielo los recuerdos del Negro Jefe.

Obdulio Jacinto Muiños Varela se crió en la calle. Hijo de un gallego y una negra que acabaron separándose, el Negro Jefe ni siquiera era negro. Era mulato. Fue limpiabotas, repartidor de periódicos y vendedor a domicilio en la zona de Curva de Industrias, en Montevideo, donde empezó a patear el balón. Eran doce hermanos. Jugaban en las calles, y un día, casi por casualidad, lo invitaron a jugar en un equipo. Así llegó al Deportivo Juventud, donde los compañeros le encontraron un trabajo de albañil. «Un día me dijeron que me habían vendido al Wanderers por doscientos pesos. Sin preguntarme nada, me vendieron como una bolsa de papas. Cuando me enteré,

fui a ver a los dirigentes del Wanderers y les pregunté: “¿Quién va a defender a partir de ahora al club, el Deportivo Juventud o yo?”. Conseguí que me dieran los doscientos pesos a mí. Ese día me compré de todo. Cuando aparecí en casa, mi madre no pudo creer que me hubieran dado toda esa plata... ella creyó que yo andaba por el mal camino», recordó en una entrevista.

Asmático y sin un buen toque de balón, Varela nunca destacó en nada en particular, pero cuando había que competir, era el mejor. Era un chico de la calle, duro y resistente. Nadie lo superaba en el campo. Nadie lo pegaba. El Negro nació pobre, pero nació jefe. Sus primeros pasos como futbolista, en el Deportivo Juventud y el Montevideo Wanderers, formaron a un jugador implacable, duro, que jugaba en el centro del campo en la posición que los uruguayos llamaban «*centrojár*», resultado de la deformación del anglicismo «*center half*». Luego el Peñarol lo fichó por una cifra récord de dieciséis mil pesos. Entonces empezó la leyenda.

Varela pegaba, gritaba y protestaba. Usaba el apellido materno para no ocultar su condición de negro y de tipo humilde y luchador. «El juego bonito no gana el partido. Para ganar es preciso lucha, garra. Es preciso jugar para ganar y querer ganar.» Varela quería ganar. Con su cuerpo imponente de luchador de lucha libre, lideró a su equipo en Maracaná el día que se coronó campeón. Cuentan que el griterío de las doscientas mil almas brasileñas que poblaban las gradas dejaron impresionado a más de un uruguayo. Que alguno incluso se meó encima. Antes de salir al campo, el Negro Jefe miró a los suyos y les gritó: «No piensen en toda esa gente, no miren para arriba, el partido se juega abajo y, si ganamos, no va a pasar nada, nunca pasó nada. Los de afuera son de palo y en el campo seremos once para once. El partido se gana con los huevos en la punta de los botines». Según algunos, la frase «los de afuera son de palo» la soltó Schubert Gambetta. Para otros, fue el Negro. Sea como fuere, la frase forma parte de la historia del fútbol uruguayo. Unas dos horas después de ser pronunciada, los de fuera ya no eran de palo, sino de piedra; petrificados al sufrir en sus carnes la mayor tragedia del fútbol



Intercambio de banderines en el gran partido final del Mundial: Brasil-Uruguay. A la izquierda, el capitán brasileño Augusto da Costa; a la derecha, Obdulio Varela, capitán de Uruguay. Junto a Augusto, a su izquierda, el colegiado George Reader, flanqueado por los jueces de línea Arthur Ellis y George Mitchell.

brasileño. El Negro Jefe recibió la copa de manos de Jules Rimet. En los bares uruguayos se cuenta que le dijo al francés: «Dame la copa y *andá* a cagar». Rimet lo recordó de otra forma: «Todo estaba previsto, excepto el triunfo de Uruguay. Al término del partido, yo debía entregar la copa al capitán del equipo campeón. Una vistosa guardia de honor se formaría desde el túnel hasta el centro del campo de juego, donde estaría esperándome el capitán del equipo vencedor. Preparé mi discurso y me fui a los vestuarios pocos minutos antes de finalizar el partido, que iba 1-1. Pero, cuando caminaba por los pasillos, de pronto se interrumpió el griterío infernal. A la salida del túnel, un silencio desolador dominaba el estadio. Ni guardia de honor

ni himno nacional ni discurso ni entrega solemne. Me encontré solo, con la copa en mis manos y sin saber qué hacer. En el tumulto terminé por descubrir al capitán uruguayo, Obdulio Varela, y casi a escondidas le entregué la estatuilla de oro, le estreché la mano y me retiré sin poder decirle una sola palabra de felicitación para su equipo». Varela le arrancó la copa al desconcertado anciano y se la llevó para Uruguay.

Fue un día largo, como lo son los días en que se libran grandes batallas. El Negro Jefe lo empezó solo, contemplando el amanecer en la playa de Flamengo. Sentado en la arena, intentó imaginar cómo sería el partido. De vuelta al hotel Paisandú, observó algo. El periódico *O Mundo* sacaba en portada una foto de los brasileños con la frase «Estos son los campeones del mundo». El Negro Jefe, indignado, compró todos los ejemplares, unos veinte. Cuando llegó al hotel, se dirigió a los lavabos, estampó los periódicos en las puertas y, con una tiza, escribió: «Orinen sobre los periódicos». Sus compañeros obedecieron.

El Negro Jefe no era especialmente alto, apenas llegaba al metro ochenta, pero su espalda ancha le confería el aspecto de una roca. Era un líder. Cuando el equipo llegó a Maracanã, se comportó con calma, hasta que un dirigente de la Federación entró en el vestuario y les felicitó por haber llegado hasta allí. «¡Llegar hasta la final es un éxito!» El Negro Jefe tomó la palabra: «Si entramos vencidos, es mejor que no juguemos. Estoy seguro de que vamos a ganar este partido. Y si no lo ganamos, tampoco vamos a perder por cuatro goles», como insinuaba el dirigente que iba a suceder. Brasil venía de golear a suecos y españoles; Uruguay, de sufrir contra esos mismos rivales. Pocos creían en ellos. Después de ese partido, todos los adoraban. Pero Varela se mofaba de la fama. «Es una mentira», decía.

En cada entrevista, en cada crónica, las palabras de Varela ese día son distintas, como existen diferentes evangelios para narrar los mismos hechos. Durante muchos años, Varela, a quien los periodistas no le caían en gracia, se divirtió propalando diferentes versiones. Según contaron sus compañeros, Varela también contradijo antes del par-

tido al entrenador Juan López, que pidió jugar ordenados en defensa. Cuando este salió del vestuario, Varela hizo una mueca, miró a los suyos y les dijo: «Juancito es un buen hombre, pero ahora se equivoca. Si jugamos para defendernos, nos sucederá lo mismo que ante Suecia y España». Varela recordaba cómo habían sufrido en los otros partidos del *play-off* final: contra los suecos se ganó remontando 3-2; contra España se empató 2-2, con Varela batiendo a Ramallets para evitar la derrota; empate que obligaba a la Celeste a buscar la victoria en el partido final. Solo valía ganar. Y Uruguay ganó.

Ganó porque no tenía otra opción, porque el empate daba el Mundial a los brasileños, porque estaba escrito en el destino del Negro Jefe. Ganó porque el Negro Jefe jugaba de celeste. Varela se dedicó durante todo el partido a dar confianza a los suyos, a jugar con los nervios de sus rivales. El periodista catalán Joan Voltas lo entrevistó en São Paulo pocos años después de esa final y Varela admitió que en la primera jugada del partido le dijo al brasileño Jair: «Como juegue usted bien esta tarde, le voy a poner los cojones por corbata». Jair no jugó un buen partido.

Pese a que el empate le daba el título a los locales, Friança marcó el 1-0 en los primeros minutos de la segunda parte. Maracanã estalló y los jugadores brasileños miraron a los rivales con los ojos inyectados en sangre, listos para saltar sobre la presa herida. Brasil había goleado sin piedad a españoles y suecos, y el público pedía otra goleada. Pero el Negro Jefe ganó la partida. Agarró el balón, se lo puso debajo del brazo y persiguió al árbitro inglés con la intención de impedir que el juego se pusiera en marcha otra vez. Sabía que tenía que romper la magia del momento, transformar la euforia por el gol en nervios, romper el ritmo. «Crucé la cancha para hablar con el juez de línea y le reclamé un supuesto *off-side* que no había existido. Luego se me acercó el árbitro y me amenazó con expulsarme, pero hice que no lo entendía, dado que yo no sabía inglés. Pero, mientras hablaba y las tribunas bramaban, varios jugadores contrarios me insultaron, muy nerviosos. Esa actitud de los adversarios me hizo abrir los ojos: tenían miedo de nosotros», recordó. Varela incluso pidió un interés

prete. Cuando, más de cinco minutos después, el balón se puso a rodar de nuevo, Uruguay se había recuperado del golpe. «Síganme», gritó el Negro. Varela soltó algún tortazo y, pese a ir por debajo en el marcador, se mofó de algún rival a la oreja. Al final, agarró la pluma y escribió el final de la historia de su puño y letra.

El Negro Jefe acabó ese día borracho. Sus compañeros de equipo hicieron una colecta para comprar cervezas y celebrar el éxito en el hotel, pues nadie había previsto el triunfo. No habían preparado nada. Los directivos se fueron a un cabaret, pero pidieron a los jugadores que no salieran del hotel para evitar problemas con los hinchas brasileños. Varela no quiso festejarlo con los suyos. Se escapó del hotel y se fue a Copacabana con un masajista de confianza, Matucho. Se fue a esos bares llenos de brasileños que lloraban sus penas. «Mi patria es la gente que sufre», dijo en una ocasión. Las leyendas sobre qué pasó esa noche llenarían libros enteros.

Centenares de brasileños afirmaron haber tomado una copa con él, haber visto al Negro Jefe esa maldita noche. Varela lo recordó así: «Me puse a tomar una caña rezando para que no me reconocieran. Creía que, si eso sucedía, me matarían. Pero me reconocieron enseguida y, para mi sorpresa, me felicitaron, me abrazaron y muchos de ellos se quedaron bebiendo conmigo hasta la madrugada». Volvió al hotel borracho, sin haber pagado una sola copa. En el vestíbulo se encontró al portero Roque Máspoli, que le preguntó: «¿Es cierto que ganamos ayer?». Varela se lo sacó de encima, consiguió unos cruzeiros y regresó al bar para pagar la deuda contraída anoche. Trajo consigo, de paso, unos banderines firmados por algunos jugadores.

Varela volvió a Montevideo casi triste, enfadado porque los directivos se adueñaron de la victoria, triste por esos brasileños que tan bien lo trataron. «Si ganamos, fue un milagro. Nos mataron a pelotazos. De cien veces que jugáramos un partido así solo ganaríamos esa.» El Negro Jefe siempre afirmó que ese Brasil era mejor que ellos. «El fútbol brasileño es el mejor, el que tiene más ritmo», recordó en 1969, cuando contó cómo gozó viendo los partidos de Brasil en Maracaná durante ese Mundial. «Ningún fútbol tiene el ritmo del fútbol brasi-

leño. Ellos tenían el Mundial ganado y lo perdieron porque les rompimos el ritmo durante unos minutos.»

Varela fue amado y odiado. Eterno rebelde, nunca ocultó sus orígenes: esa mesa sin comida, el abandono escolar, los años que pasó limpiando botas o entregando telegramas por la ciudad... Su tesoro era una fotografía al lado de Carlos Gardel, de quien cantaba una y otra vez «Recordándote», su tango preferido. El Negro Jefe amó el fútbol con locura y odió con todas sus fuerzas de titán la burocracia, los directivos y los representantes. Se convirtió en un auténtico tormento para presidentes y tipos con corbata. Él lidero la huelga de siete meses de 1948, que acabó bien para los jugadores, ya que consiguieron mejorar sus condiciones. Al final, los clubes no aguantaron más y cedieron. Varela negoció con ellos y, para dejar claro que no tenía miedo, se puso a trabajar de nuevo de albañil. Su esposa, doña Cata, lo ayudó en esos meses complicados. Heroína silenciosa, doña Cata siempre apoyó al Negro Jefe, pese a que no le gustaba el fútbol. Una vez que lo fue a ver en un clásico Peñarol-Nacional, lo confundió con otro mulato, Rodrigues Andrade. Varela se enfadó tanto que doña Cata no volvió a pisar un estadio nunca más.

El Negro Jefe luchó incansablemente por mejorar las condiciones de los jugadores inspirado por el lema «la fama no da de comer». Atacó a los directivos que nunca tuvieron la decencia de organizar un homenaje colectivo a los héroes de Maracaná. Cada 16 de julio, Varela citaba a sus viejos compañeros de batalla y tomaban un asado juntos, lejos de los funcionarios de la Federación. Su lucha contra los altos estamentos dejó mil anécdotas, como ese día que el Peñarol, después de derrotar al River Plate argentino, ofreció a todos los jugadores doscientos cincuenta pesos. A Varela le ofrecieron quinientos. «Yo jugué como todos. Si ustedes creen que merezco quinientos pesos, pues son quinientos para todos; si ellos merecen doscientos cincuenta, yo también», dijo. Fueron quinientos para todos, por supuesto. Varela no valoró nunca las primas y si luchaba por ellas fue más para honrar a sus compañeros que pensando en sí mismo. Siempre vivió en una modesta casa que compró durante sus últimos

años de jugador. Con la prima por ganar el Mundial se compró un auto de segunda mano. Se lo robaron al cabo de una semana. No fue el único coche que el Negro Jefe perdió. Una vez, borracho, se salió de la carretera y hundió su Ford 1937 en el Río de la Plata. Se salvó de milagro.

Varela jugó hasta 1955, cuando se retiró precisamente en Maracaná, jugando con Peñarol. Jugó ese partido con su vieja camiseta aurinegra, que lavaba su esposa Catalina. El Negro Jefe saltó a la cancha con esa camiseta cientos de veces. Es más, cuando Peñarol usó publicidad en unos amistosos, Varela dijo que él no iba a ponerse esa camiseta «manchada»: «Antes, nosotros los negros éramos trasladados con una argolla en la nariz. Ese tiempo ya pasó», argumentó. Otras veces se negaba a posar con sus compañeros antes de los partidos porque quería fastidiar a los periodistas, de los que decía que no tenían alma. A veces sus compañeros le pedían que posara y el Negro Jefe salía en las fotos de perfil y mirando al cielo.

Falleció en 1996, destrozado y triste por la muerte de su amada doña Cata, la húngara con la que compartió cincuenta años de matrimonio. Gigante de corazón blando, duró poco sin su esposa. Sin dinero en el banco, Varela se preparó para morir. Sabía que, sin doña Cata, a la que había conocido cuando era albañil en los tiempos del Deportivo Juventud, duraría poco.

Algunos amigos lo ayudaron a pagar el tratamiento médico que precisaba. Falleció ese mismo año y fue enterrado en una modesta tumba en el Cementerio del Norte, lejos de su esposa, hasta que una campaña fomentada por aficionados y el periodista Franklin Morales cambió el destino del Negro Jefe. El presidente, Julio María Sanguinetti, dio el permiso para que el estado pagara el traslado de los restos de Obdulio y de su esposa al Panteón del Cementerio del Buceo, dedicado a los futbolistas campeones olímpicos en 1924 y 1928. Allí, al lado de otros campeones, fue enterrado junto a su amada, Catalina Keppel de Varela.